

## LA APÁTE DE ANTONIO LÓPEZ EIRE

*No era y llegué a ser. No soy y no me importa.*  
Inscripción en estela sepulcral, Cirene, siglos II-III d. C.

La impresión que me causó Antonio López Eire cuando por primera vez toqué a la puerta de su despacho en la planta noble del Palacio de Anaya y me invitó a entrar fue de terror. Esa impresión se mantuvo a lo largo de nuestros encuentros aunque yo intentaba convencerme de lo contrario. Sentía que lo importunaba. Para empezar, no era alumno suyo. Lo conocía a través de su traducción de la *Iliada*. Le llevaba mis piezas de teatro. En la librería Cervantes había conseguido su libro *Orígenes de la poética* y le comenté que lo estaba leyendo. Entonces se puso de pie y acercándose al anaquel tomó el de *Poéticas y retóricas griegas* que acababa de salir y me lo obsequió. Me habló de su edición de la *Poética* de Aristóteles que estaba en prensa. En la Introducción me encontraría con el término griego *apáte* que es, según sus palabras, “el resultado de una *mimesis* exitosa o afortunada” y que, como nos dice al recordar al maestro Gorgias “produce una añoranza proclive al duelo”. El encuentro con esa palabra trastocó todo cuanto hasta ese entonces había creído entender acerca del efecto que producía la tragedia, la tragedia griega, la única que puede llamarse tragedia. Algo intuía acerca de esa exclusividad de la tragedia griega en conmocionar al espectador a través del engaño, pero fue el encuentro con la *apáte* lo que me hizo caer en cuenta de lo auténtico de la verdad del engaño griego. Esa palabra me salvó la vida. Es que no es suficiente con tener vida, cualquiera puede llegar a tenerla y perder-

la. Es necesario salvar la vida, salvarla mediante un gesto, una emoción, un trazo, la oscura música de una palabra que la dirija: *Dirige, Domine, Deus meus, in conspectu tuo viam meam*, que reza el Salmo. Entiendo ahora que escribo esto que me ha pedido Ángel Marcos de Dios que escriba, entiendo mientras esto escribo, en el acto mismo de escribirlo, que con esa palabra Antonio López Eire dirigió mi vida sin saberlo, sin pretenderlo, sin yo pedírselo aunque, al mismo tiempo, algo supo pretender que lo pedía, algo que ahora junta aquél terror inicial e iniciático de haberlo conocido con la añoranza proclive al duelo de haberlo perdido. Entré en su despacho cuántas veces ya no sé, cada vez que terminaba una pieza y la llevaba a bautizarla a Salamanca. Salía del despacho de Carmen Ruiz Barrionuevo y al lado estaba el suyo. Tocaba y entraba. Sólo una vez, creo, tuve que esperar afuera a que saliera un alumno, o a que él llegara, ya no recuerdo. Pero sé que me senté en una sillita que había allí. Me senté a esperar. A esperarlo. Y menos mal, Dios mío, que lo hice porque me dio todo de cuanto carecía con esa sola palabra que me llevaría hasta “la entraña misma de los hechos (*Poética*, 1453b 11)”. Nunca logré sobreponerme a la sensación de absoluta nulidad que sentía en su presencia, sensación que provenía de mi nadería, de lo insuficiente que era mientras lo oía sin llegar siquiera a escucharlo con la atención debida. Es que no podía. Me superaba. Ya sabía algo que no era capaz de articular: que estaba ante el único hombre vivo, con la salvedad, quizás, a veces lo dudo, de Walter Burkert, que hablaba desde la entraña misma de la tragedia como una vez lo logró hacer Walter Otto y como nunca llegaron a hacerlo porque ni tan siquiera se lo plantearon tantos estudiosos desde tiempos de Edwin Rohde y Ulrich Von Wilamowitz-Moellendorff hasta estos de Christiane Sourvinou-Inwood y Francisco Rodríguez Adrados. Él, un salmantino, hablaba no desde lo que la soberbia del intelecto le imponía sino desde la experiencia de haber estado allí cuando aquel engaño entre griegos extáticos se gestaba. Lo reconocí. Él estuvo allí. Vio con ojos que no ven lo que los ojos ven mientras creen ver lo que ven. Lo vio y lo dijo. Lo decía cada vez que lo visitaba, no sé cuántas veces fue-

ron, mientras me comentaba algún trabajo que estaba haciendo sobre la poesía, algo me dijo una vez sobre unos pájaros, no recuerdo bien, le acababa de entregar mi última pieza y tras hojearla algo dijo sobre el poeta y los pájaros, algo que se me hizo claro al instante pero que no entendía y que he olvidado pero que se me decía “a través de la palabra que convierte en experiencia propia del oyente los infortunios y quebrantos ajenos.” Estaba allí yo también que no era yo porque esa palabra me había despojado de mí y sin que me diera cuenta me había trasladado hasta donde se encontraba hablando él, que era el Palacio de Anaya de Salamanca y era el recién estrenado anfiteatro griego en el que habíamos tomado asiento. Movía los brazos por encima del escritorio, aquellas manos romanas se movían por el aire mientras se echaba hacia atrás como una pintura parlante, algo acerca de unos pájaros negros creo recordar que eran y que volaban por el aire entre sus palabras relacionando “estrechamente los ritmos y los caracteres” de suerte que aquellos movimientos de su cuerpo se asimilaban a “los *movimientos* emocionales del alma (*kinéseis*)”. En ese momento ya no sabía qué era lo que yo estaba haciendo allí ni para qué demonios había ido y lo que sentía era una pena muy grande por esa mi insuficiencia que se agigantaba en la presencia de aquel hombre que no estaba ahí, ante mí, ni yo tampoco ahí ante él, sino que nos confundíamos con un gentío que daba voces conmocionado y espantado por “el mágico poder de la palabra de estimular en quienes la perciben sentimientos similares a los que les provocarían esos mismos incidentes ficticios si les ocurrieran de verdad.” Luego se hacía un silencio. Nos quedábamos mirando no sé qué hasta que me volvía el alma al cuerpo y le daba las gracias por haberme recibido. Me levantaba y me iba. Volvería. Con la nueva pieza, volvería. Me iba con una sola palabra a la que repetidamente me dirigía al llegar a casa e interrogar su edición de la *Poética* de Aristóteles. Cuántas veces miré esa palabra en el texto, cuántas la subrayé, con lápiz primero, con pluma después, para que no se me fuera y cada vez era como si no pudiera dar con ella, con el misterio de la *apáte* que me estaba salvando la vida. Y es que ya había caído en

cuenta de que no bastaba con estar vivo, que no bastaba ni siquiera con haber estado a punto de morir, sino que era preciso, era rigurosamente necesario, compulsivamente forzoso salvarse de la inopia, de la estupidez, de la mediocridad, del hablar por hablar, del verse por verse sin que se mueva el alma a través del engaño de esta ficción que nos “arrastra seductoramente” hacia “el entramado de las acciones... pues la tragedia es imitación no de hombres, sino de una acción y de una vida (1450a 15).” El encuentro con Antonio López Eire era, cada vez que se lograba, una nueva peripecia que llevaba hasta un nuevo reconocimiento del cual salía yo con mi nueva pieza ya vieja hacia la misma palabra desconocida para recordar lo que quería decir pues se me había olvidado. Engañado por la verdad que me dirigía, volvía a leerla y a escribir lo que me tocaba en suerte escribir para llevarlo una vez terminado a bautizar a Salamanca, a la orilla del Tormes. Más que un hombre, Antonio López Eire fue, ahora que ya dejó su ser lo entiendo, un entramado de acciones surgido de la entraña misma de la vida siempre viva como la vid o la hiedra, por siempre cercana y pródiga, por siempre cargada de emoción. Más que un hombre que llega y pasa y se va, la certeza de una antigua verdad que sostiene este engaño que nos mantiene en vilo y nos compele a actuar. A salvarnos por la acción. Claro que al hombre que no era y llegó a ser no le importa volver a no ser, como reza la estela sepulcral de la ciudad Libia. Pero mientras actúan los personajes “el entramado (*sústasis*) de las acciones... el ensamblaje de las piezas dentro del todo, que tiene como realización suprema el cuerpo del animal o ser vivo compuesto de partes orgánicas” siente y se resiente, porque se está salvando.